

D. H. Lawrence y Octavio Paz

Una afinidad vital y literaria

Eloy Urroz

Son poco conocidos los escarceos del Nobel mexicano Octavio Paz con el género narrativo y, en específico, con la novela. Eloy Urroz, el autor de Demencia, explora las conexiones subterráneas del poeta con la obra de otro novelista caro a ambos: D. H. Lawrence.

Pocos saben que Octavio Paz quiso ser novelista, tal vez uno parecido a su ídolo de juventud, D. H. Lawrence. Pocos saben que escribió doscientas páginas de una novela y que nunca la terminó. A la fecha, nadie ha estudiado, que yo sepa, la inmensa influencia que Lawrence tuvo en Paz, tanto en su poesía como en su pensamiento. Al hablar de Paz, se suelen mencionar innumerables lecturas, las cuales no viene a cuento aquí enlistar; no obstante, el influjo del novelista inglés se suele pasar de largo o, cuando mucho, se menciona como un pecado de juventud. Es mi intención demostrar lo contrario. Sobre todo dejar en claro que su influencia marca profundamente no sólo innumerables poemas de *Libertad bajo palabra* sino también su crítica y su pensamiento erótico y moral.

Como ya dije, Paz supo a los 28 años que no podría ser novelista. En el hermoso texto, “El llamado y el aprendizaje”, prólogo al volumen 13 de sus *Obras completas*, Paz escribe que: “Aunque desde el principio me incliné por la poesía, seguí leyendo novelas. No me dejaba la tentación de escribir una. Al fin, en 1942, me decidí. Comencé con entusiasmo, seguí durante algunos meses y llegué a unas doscientas páginas pero no logré terminarla. Mi única novela quedó en borrador informe” (p. 19). A pesar de lo anterior, el joven poeta tenía mucho qué decir. Acariciaba “una metafísica”, un *ethos* particu-

lar, una visión del mundo, los cuales, por supuesto, irían a transformarse con el paso del tiempo, la experiencia y la edad. Si Lawrence vivió íntimamente consubstanciado con este *ethos* (donde moral es arte y arte es moral) y más tarde lo imbricó —mejor o peor— en sus grandes novelas, ¿cómo iba, pues, a conseguirlo el joven Paz si ya sabía que no sería novelista? No creo errar si aventuro que el poeta mexicano iría a hacerlo, sobre todo, a través de sus ensayos. La obra crítica y ensayística de Paz se corresponde, en gran medida, a lo que las grandes novelas de Lawrence nos dejaron como testimonio: una cosmovisión, un laboratorio de ideas en flujo, un espejo más o menos íntimo de la conciencia, de los cambios de esa conciencia, una prolongación (a través del arte) de las pugnas por las que atraviesa un pensamiento constantemente alerta del mundo (y la condición de los hombres en el mundo) y sobre todo una visión del amor y el erotismo. Mas no sólo esto... El Paz poeta también se corresponde con el Lawrence poeta y el Lawrence novelista. Las novelas de Lawrence tienen extraordinarios momentos poéticos, *intencionalmente poéticos*, sin llegar a ser estos jamás prosa poética. Lawrence sabía ser un narrador cuando había que narrar, es decir, sabía contar un drama, trazar una aventura, indagar en un alma, pero también sabía ser poeta —y nada más que un poeta— cuando había que expresar ese mundo interior de

un modo distinto al de la novela o el cuento. Los géneros jamás se emborronaron o se le confundieron. No en balde es hoy uno de los grandes poetas en lengua inglesa y uno de los más grandes novelistas de todos los tiempos, y ambos veredictos son cosas completamente aparte (Leavis, Bloom, Forster, Kermode, Huxley, Worthen, Mailer, Lessing, Malraux, entre otros muchos, coinciden en esto).

Octavio Paz, al igual que el escritor británico, tenía, lo sabemos, una visión propia que desarrollar; tenía algo imprescindible que decirnos sobre el amor, el sexo, la pareja y el erotismo. Lo que lo consumía lo expresó en poemas y en varios de sus libros de ensayo, entre ellos, dos de sus favoritos, *Conjunciones y disyunciones* y *La llama doble* (Cfr., “Nosotros: los otros” en *Obras completas*, volumen 10, p. 19). Las correspondencias no acaban, sin embargo, en el aspecto literario, y ni siquiera en el aspecto moral o “metafísico”, sino que se dan también, y por extraordinario que parezca, en el aspecto vital y personal de ambos autores. Veamos.

Al igual que Lawrence, Paz decidió ser un viajero, un *outcast*. Lo fue durante la mayor parte de su vida hasta su retorno definitivo a México, pasados los 50 de edad. Antes quiso, no obstante, repetir esa aventura que su ídolo de juventud se propuso llevar a cabo al dejar atrás para siempre a su aborrecida Inglaterra. Paz no eligió Australia, Italia, Nuevo México o Oaxaca como hiciera

Lawrence, pero vivió en Estados Unidos, Francia, Japón y la India, entre otros sitios. Eligió abrirse al mundo, contaminarse de él, explorarlo, conocer de modo profundo —y no como paseante, espectador o turista— otras formas de pensar y de vivir, algunas incluso opuestas a la suya, las llamadas formas y usos de Occidente. Si Lawrence eligió darle la espalda a su país, Paz estuvo a punto de hacerlo, pero al final se contuvo, desistió, y esta divergencia, en mi opinión, surge porque, o bien Lawrence no tuvo el tiempo de reconciliarse con su patria (murió a los 44 años) o porque sencillamente Inglaterra no era México, es decir: Albión no tenía las características solares y telúricas capaces de anclar a temperamentos como el suyo, tan idéntico al de Paz. No por nada, Lawrence eligió, primero, Taos, Nuevo México, para hacerse de una casa, luego la Toscana, y al final el sur de Francia para morir.

Otra semejanza apabullante y digna de no obviar: la paternidad. Lawrence no quiso tener hijos. Se negó a procrear. Paz tuvo una hija, Laura Helena, sin embargo jamás volvió a tener otro vástago, sin contar con que su relación con la hija de Elena Garro fue, si no nula, al menos opaca y distante. Al igual que Lawrence, Paz encontró en Marie José Tramini a la perfecta compañera de su vida, pero también y sobre todo, halló en Marie José a la compañera de viaje, la compañera de experiencias y experimentos vitales, la fuente de su pensamiento



Octavio Paz en una foto de Manuel Álvarez Bravo, 1977



amoroso, la sacerdotisa y la vestal. Si Frida Richtofen, la mujer de Lawrence, era ese laboratorio del amor donde ambos amantes oficiaron desde que esta abandonara a su marido y sus tres hijos, Marie José se convirtió en ese recinto sacramental donde ambos cónyuges oficiaron durante tres décadas. No ya sólo la poesía de ambos da cuenta de ello en infinitas ocasiones, sino también sus extraordinarias novelas (en el caso de Lawrence) y sus mejores ensayos (en el caso de Paz). En ese sentido —y salvando todas las distancias—, habría que imaginar el *corpus* narrativo, ensayístico y poético de ambos artistas como si se tratase de un solo *corpus* en colaboración, un proyecto de pareja a largo plazo (el plazo de una vida), donde el amado y la amada se introyectan a grados difíciles de imaginar por mentes menos sofisticadas. Algo parecido ha desarrollado Jorge Volpi en su novela histórica y psiconalítica *La tejedora de sombras*, donde el psiquiatra Henry Murray y su asistente Christiana Morgan se lanzan a un incierto experimento del amor absoluto a lo largo de 42 años. Algo más o menos parecido hizo Albert Cohen en su hermoso mural, *Belle de Seigneur*, donde sus protagonistas, Ariane Deume y Solal, se arrojan en un intenso experimento de amor puro

a lo largo de mil páginas. Por sorprendente que parezca, ninguna novela de Lawrence intenta algo similar. ¿Qué clase de novela hubiera sido esta?

Me ciño ahora a la última gran novela de Lawrence, *Lady Chatterley's Lover*, la cual fue (presumiblemente) la primera que Octavio Paz leyó, según dejó constancia en los únicos dos textos que publicó sobre el autor británico: “Lawrence en español” de 1940, y el más completo, “La religión solar de D. H. Lawrence” de 1990, el cual quedó más tarde unificado con los otrora conocidos ensayos de Sade y de Fourier en un nuevo volumen titulado *Pan, Eros, Psique*, mismo que se halla reunido dentro de sus *Obras completas*, volumen 10. Este nuevo pequeño libro con tres ensayos forma una tríada indisoluble junto con los anteriores dos mencionados, *La llama doble* y *Conjunciones y disyunciones*. Los tres reunidos se complementan pues los tres dialogan sobre el mismo obsesivo tema: el amor, el erotismo, la pareja, la sexualidad humana, el signo cuerpo *versus* el signo no cuerpo. Huelga decir que estos tres no son los únicos libros donde Paz expresó sus ideas sobre el amor, pero sí que en estos se ciñó a su tema. En cuanto a su poesía, el erotismo está, por supuesto, en todas partes, desde su primeros poemas de *Luna silvestre*, hasta su último poemario, *Árbol adentro*. Donde más clara, sin embargo, será la influencia lawrenciana es, en mi opinión, en las cinco secciones que nutren *Libertad bajo palabra*, ciclo que va de 1935 a 1957, es decir, de sus 21 años de edad a sus 43 años.

Volvamos al pasaje extraído de “La religión solar de D. H. Lawrence”, donde Paz confiesa que: “Yo leí *El amante de Lady Chatterley* hacia 1934 y me causó una impresión profunda, como las otras novelas, poemas, ensayos y libros de viaje de Lawrence. Leí sus obras con entusiasmo o, más exactamente, con esa pasión ávida y encarnizada que sólo se tiene en la juventud” (p. 100). No sabemos con exactitud cuáles son esos otros libros de Lawrence que Paz leyó y tampoco sabemos cuándo lo hizo, aparte de los que paso a enlistar aquí (mismos que leyó con posterioridad a 1934): *The Plumed Serpent*, el ensayo *Apocalypse*, su novela breve *St. Mawr*, su relato *The Woman Who Road Away* y sus estampas, *Mornings in Mexico*.

Ahora bien, párrafos más abajo de la citada confesión, se lee lo siguiente: “Lawrence es terrestre, pero su elemento nativo es el fuego, que es la sangre de la tierra y el gemelo adversario del agua. En los seres animados el principio vital del fuego se transforma en líquido: savia, semen, sangre. El fuego circula por las arterias del hombre convertido en sangre. Con el fénix, pájaro que renace de la llama, la sangre es uno de los emblemas de Lawrence. Tal vez la obsesiva repetición de la palabra sangre y de sus asociaciones sexuales y religiosas en mi primer libro (*Ratz del hombre*, 1937) sea un eco

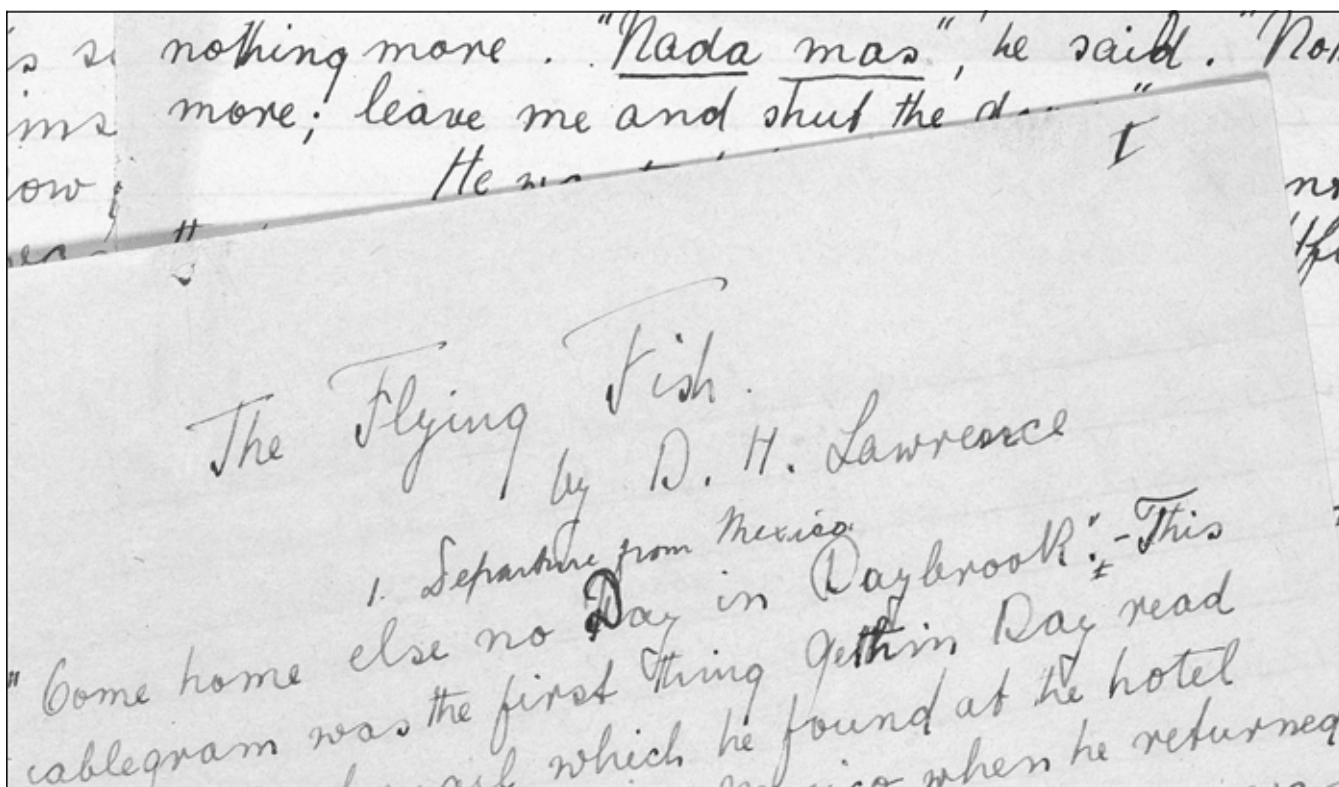
del fervor con que lo leía en esos años. Lawrence me ayudó a reinventar el mito del primer día del mundo: bajo el gran árbol de la sangre, los cuerpos enlazados beben el vino sagrado de la comunicación” (p. 101). A partir de esta revelación, no es difícil rastrear esta influencia en la poesía paciana. Aunque él insista en aclarar que sólo aparece en *Ratz del hombre*, en realidad se prolonga a través de los años y a través de las distintas secciones que componen *Libertad bajo palabra*.

Si hubiera que deconstruir la cita, queda claro que el vitalismo lawrenciano al que acude el poeta mexicano se expresa, entre otras, a través de imágenes asociadas con la tierra, lo terrestre, el fuego, el Sol, la sangre, la savia, el semen, las arterias, las llamas, el ave fénix, el árbol de la vida, el árbol de la sangre, el árbol como símbolo fálico, los amantes, el abrazo, el vino sagrado, la comunión, la resurrección de la carne, el mito del primer día y sobre todo el erotismo como una suerte de religión cósmica entre dos. La religiosidad de Paz y de Lawrence es, huelga decir, la del amor sexual y la del arte consubstanciados; su misticismo no es otro que el del erotismo y sin embargo este va a obedecer a sus propias reglas, a sus propias teorías del amor y la pareja. Esta cuestión la dejaron clara ambos a través de su obra: uno en sus ensayos y poemas (Paz), el otro en sus novelas, ensayos y poemas (Lawrence). Nada menos lawrenciano, por ejemplo, que Sade o Fourier. Y nada menos paciano también que el frío racionalismo de Sade o las nomenclaturas poligámicas de Fourier. En otra parte, he estudiado, por ejemplo, la visión monogámica del amor que Paz profesaba, la cual se deduce con facilidad a partir de sus libros ya citados, *Conjunciones y disyunciones*, *La llama*

doble y *Pan, Eros, Psique* (v. mi ensayo “*Ethos*, amor, sexo en el pensamiento de Octavio Paz” en *La dimensión estética de Octavio Paz*). D. H. Lawrence era, como Paz, un defensor (un creyente) de la monogamia.

En *Libertad bajo palabra* encontramos la mejor poesía de Paz, donde mejor consiguió hacer coexistir su ser poético con la forma *ad hoc* del poema. En mi opinión, libros como *Ladera este* o *Vuelta* no muestran la mejor poesía de Paz. En ellos se ha despojado, gradualmente, de la sangre, la carne, los cuerpos de los amantes, la comunión y se ha volcado en lo que Lawrence más abominó y el mismo Paz intuyó con acerada visión en su ensayo de 1940: “Su antiintelectualismo, su culto por la unidad vital, cósmica —de la pareja en la naturaleza—, no es más que una parte de esa aversión suya a la razón y sobre todo al masoquismo de la razón, de la razón individual. D. H. Lawrence siempre huyó de toda atomización y de toda mecanización” (p. 287). Eso justo parece, no obstante, acontecer conforme más madura la poesía paciana: la atomización, el intelectualismo, cierto masoquismo de la razón que, sin embargo, no aparecía en *Libertad bajo palabra*. Casi parecería que Paz deseara ir borrando (gradualmente) cualesquiera remanentes de romanticismo tardío que pudiera haber tenido en su poesía temprana. El problema con alejarse de Novalis, Blake, Nerval (o el mismo Lawrence) es que, poco a poco, irá restando vitalismo a su verdadero ser poético, a ese daemón que lo impulsa a escribir poemas-himno, poemas proféticos, poemas eróticos y sacramentales.

Releí *Ladera este* después de 20 años con el propósito original de escribir sobre este libro dedicado a la In-



D. H. Lawrence, *The Flying Fish*, escrito en la Ciudad de México, 1925

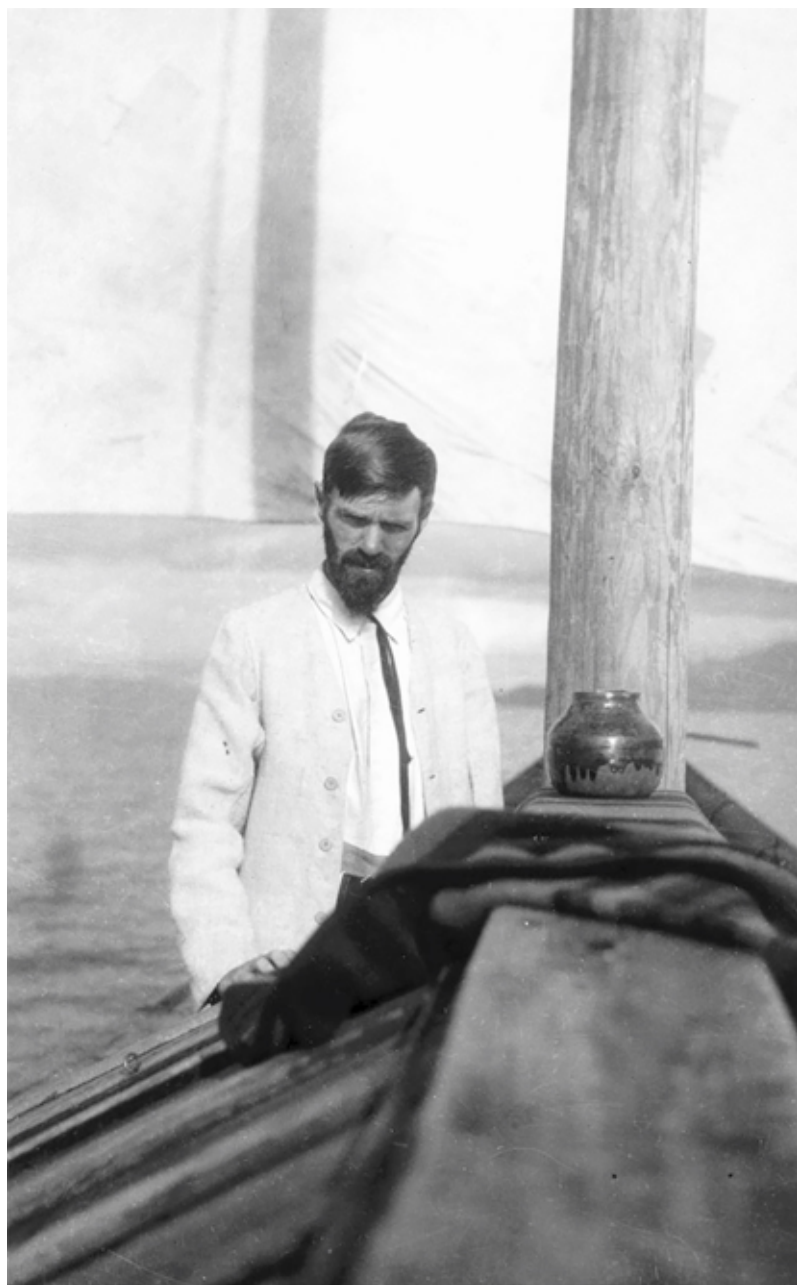
dia. Por más que lo intenté, no lograron conmoverme sus imágenes. O mejor: su lenguaje límpido, transparente, no me fue “comunicado”. Algo faltaba, algo echaba de menos. Ese despojamiento verbal intencionado, ese esfuerzo de síntesis y desnudamiento, me hacían echar de menos la fuerza solar, el poder ctónico, el erotismo carnal y vivo, de los mejores poemas de *Libertad bajo palabra*, uno de mis libros favoritos de poesía de todos los tiempos. Los ritos, la simbología religiosa, los sitios, costumbres y el pensamiento hindú, todo era explicado una y otra vez a lo largo de *Ladera este*. El mismo Paz en algún momento supo que necesitaba incluir un arsenal de aclaraciones a pie de página para poder hacer comprensible lo que el poeta había querido expresar. Sin esas largas citas, algo en el poema se perdía. Casi todos llevan una larga explicación al calce. ¿La poesía la necesita? Eliot decidió que sí, no obstante, podemos leerlo sin aquellas. En el caso de *Ladera este*, no lo creo. Pongo un breve ejemplo entre muchos, “Utacamud”:

En las montañas Nilgiri
busqué a los Toda.
Sus templos son establos cónicos.
Flacos, barbudos y herméticos,
al ordeñar sus búfalos sagrados
salmodian himnos incoherentes.
Desde Sumeria guardan un secreto
sin saber que lo guardan
y entre los labios resacos de los viejos
el nombre de Ishtar, diosa cruel,
brilla como la luna sobre un pozo vacío (p. 411).

¿Quién es Ishtar? ¿Dónde está Sumeria o dónde estuvo y qué tiene que ver con este poema? ¿Quiénes son los Toda? Y las montañas Nilgiri, ¿dónde están? Y el enigmático título, ¿a qué hace referencia? ¿Dónde está Utacamud? ¿Qué movió al poeta a escribir sobre este sitio? ¿Qué secreto salmodian los viejos sin saber que lo salmodian? ¿Y qué significan los búfalos sagrados que ordeñan estos viejos? Por si fuera poco, las imágenes no me dicen mucho. El poeta desaparece inmediatamente después de habernos dicho que buscó a los Toda. ¿Y qué desubrió al encontrarlos? ¿Qué revelación sobrevino? La poesía no se explica y sé que me equivoco al buscar aquí aclaraciones. Comprendo que como lector de poesía hago mal, me conduzco por el rumbo equivocado, sin embargo, tampoco el poema me conmueve ni me asombra y me deja más bien frío. Acto seguido, me asomo a la larga aclaración que el mismo Paz nos ofrece sobre este poema, la cual inicia diciendo: “Hay una extensa literatura antropológica sobre los Toda, sus ritos asociados a la ordeña de búfalos sagrados, sus sistema de parentesco, su poesía oral y los sacrificios de niños, reales o supuestos, que practicaban. Se ignora el origen de este grupo. Algunos ven en ellos a los descendientes de una colonia de comerciantes sumerio-babilonios... etc (p. 684)”. Paz parece más embebido en los meandros antropológicos de su poema, que en el poema mismo. La belleza pervive, ese no es el problema de *Ladera este* o de *Vuelta*. Lo que falta es la experiencia poética o mejor: sobra esa camisa de fuerza que Paz se ha impuesto para transmitir esa experiencia. ¿Cuál es esa camisa de fuerza? Su decisión clara por distanciarse del vitalismo de estirpe romántica de su primera poesía, aquella que informa *Libertad bajo palabra*.

Ahora, en nítido contraste y como botón de muestra, cito un fragmento de “Cuerpo a la vista” de la tercera sección (“Semillas para un himno”) de *Libertad bajo palabra*:

Entre tus piernas hay un pozo de agua dormida,
bahía donde el mar de noche se aquieta, negro
[caballo de espuma,
cueva al pie de la montaña que esconde un tesoro,



D.H. Lawrence, Chapala, México, 1923

boca del horno donde se hacen las hostias,
sonrientes labios entreabiertos y atroces,
nupcias de la luz y la sombra, de lo visible y lo
[invisible
(allí espera la carne su resurrección y el día de la vida
[perdurable).

Patria de sangre,
única tierra que conozco y me conoce,
única patria en la que creo,
única puerta al infinito.

“Cuerpo a la vista” fue escrito entre 1944 y 1945, lo que significa que Paz tenía 30 años de edad y el influjo de Lawrence continuaba permeando su poesía. La sangre como patria, la sangre como vehículo del conocimiento verdadero, la tierra amaridada con la sangre, la mujer y el hombre oficiando el sacramento del sexo, la exaltada religiosidad erótica, la comunión y el mito del primer día y la vida perdurable. Como en Lawrence, el amor profano no es profano, sino todo lo contrario: es la única experiencia sagrada que el hombre puede pretender alcanzar en este mundo.

Otro ejemplo de clara raigambre lawrenciana lo encontramos en el hermoso “El cántaro roto”, poema inmediatamente anterior a “Piedra de Sol” y publicado en 1955, es decir, a los 44 años de edad del poeta:

Bañarse en luz solar y comer los frutos nocturnos,
[deletrear la escritura del astro y la del río,
recordar lo que dicen la sangre y la marea, la tierra y
[el cuerpo, volver al punto de partida,
ni adentro ni afuera, ni arriba ni abajo, al cruce de
[caminos adonde empiezan los caminos,
porque la luz canta con un rumor de agua, con un
[rumor de follaje canta el agua,
y el alba está cargada de frutos, el día y la noche
[reconciliados fluyen como un río manso,
el día y la noche se acarician largamente como un
[hombre y una mujer enamorados,
como un solo río interminable bajo arcos de siglos
[fluyen las estaciones y los hombres,
hacia allá, el centro vivo del origen, más allá del fin
[y comienzo (p. 259).

La luz solar, el mito del origen del mundo, el amaridamiento de la sangre y la tierra, el día y la noche, el abrazo del hombre y la mujer como metáforas del mito primordial, todas estas son obvias correspondencias lawrencianas, sin contar la forma versicular, oracular, y el verso libre, típico de muchos poemas del poeta inglés.

En otro tenor, pero de igual importancia, está la influencia lawrenciana en el Paz detractor del materialismo, la explotación y el capital. Hablo específicamente

del largo poema “Entre la piedra y la flor” de la tercera sección (“Calamidades y Milagros”) de *Libertad bajo palabra*, el cual Paz escribió, según nos cuenta en el prólogo de sus *Obras completas*, volumen 13, durante su visita a Yucatán en 1937 y la aterradora visión que tuvo de los campesinos cosechando el henequén en duras condiciones de trabajo. En la cuarta parte de este poema, Paz apostrofa de forma lawrenciana al materialismo encarnado en el dios del dinero:

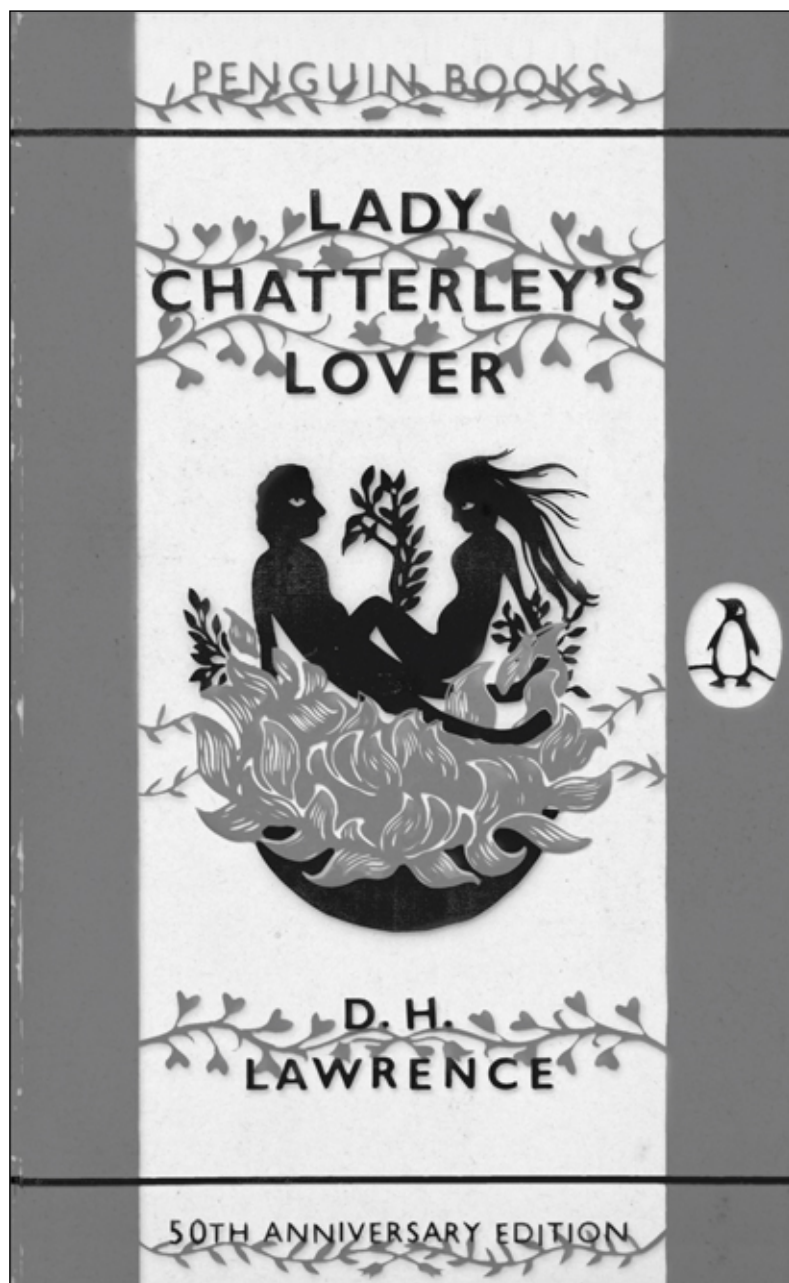
El dinero y su rueda,
el dinero y sus números huecos,
el dinero y su rebaño de espectros.
[...]
El planeta se vuelve dinero,
el dinero se vuelve número,
el número se come al tiempo,
el tiempo se come al hombre,
el dinero se come al tiempo.
La muerte es un sueño que no sueña el dinero.
El dinero no dice tú eres:
el dinero dice *cuánto*.
Más malo que no tener dinero
es tener mucho dinero.
[...]
No el trabajo: el dinero es el castigo.
El trabajo nos da de comer y dormir.
El dinero es la araña y el hombre la mosca.
El trabajo hace las cosas:
el dinero chupa la sangre de las cosas.
El trabajo es el techo, la mesa, la cama:
el dinero no tiene cuerpo ni cara ni alma.
El dinero seca la sangre del mundo,
sorbe el seso del hombre (pp. 98-99).

Otra vez es la sangre el símbolo de la fuerza, la vitalidad y la patria del hombre, y el dinero su contraparte diabólica (“el castigo”), aquello que “sorbe el seso del hombre”. (Otra versión de este poema aparece en sus *Obras completas*, sin embargo, en lo esencial, se trata del mismo poema). Como se sabe, *Lady Chatterley's Lover* es no sólo una de las novelas más provocadoras del siglo xx, sino una de las mayores invectivas escritas contra la guerra, la industrialización, el mecanicismo, el materialismo y específicamente el dinero. El capítulo XV de la última novela de Lawrence es de gran importancia pues se imbrica íntimamente con la poética y el pensamiento paciano, en especial con el de la época de su paso por Yucatán.

Mellors, el silencioso y reservado guardabosque, abre su corazón a Connie Chatterley. Le cuenta las intimidades de su vida tras haber hecho el amor en su cabaña una tarde lluviosa. Allí, en esa larga confesión, no sólo hallamos la invectiva lawrenciana contra el dinero, sino

también su absoluto rechazo a la idea misma de procreación. Escuchemos, primero (en el típico lenguaje vernacular de Mellors), el pasaje relativo al dinero:

I tell you, every generation breeds a more rabbit generation, with india rubber tubing for guts and tin legs and tin faces. Tin people! It's all a steady sort of bolshevism just killing off the human thing, and worshiping the mechanical thing. Money, money, money! All the modern lot get their real kick out of killing the old human feeling out of man, making mincemeat of the old Adam and the old Eve. They're all alike. The world is all alike: kill off the human reality, a quid for every foreskin, two quids for each pair of balls. What is cunt but machine-fucking! —It's all alike. Pay' em money to cut off the world's cock. Pay money, money, money to them that will take spunk out of mankind, and leave 'em all little twiddling machines" (p. 326).



Inmediatamente después de esta diatriba puesta en labios de Mellors, oímos al mismo autor (¿quién más si no?) explicando por qué se niega a traer hijos al mundo:

"But if you have a child?" she said.

He dropped his head.

"Why," he said at last. "It seems to me wrong and bitter thing to do, to bring a child into this world."

"No! Don't say it! Don't say it" she pleaded. I think I'm going to have one. Say you'll be pleased." She laid her hand on his.

"I'm pleased for you to be pleased," he said, "but for me it seems a ghastly treachery to the unborn creature" (p. 328).

Y líneas más tarde vuelve a la carga con el asunto del dinero a través de una frase lapidaria parecida a la de los ya citados versos de Paz: "Let's live for summat else. Let's not live ter make money, neither for us-selves not for anybody else [...] The least little bit o' money'll do" (p. 329).

Como he dicho, la pasión por Lawrence y su pensamiento erótico abarca toda la vida de Paz. Aunque es más claro su influjo poético en *Libertad bajo palabra*, la otra, su influencia moral —o esa visión erótica que Lawrence construyó a través de su obra—, seguirá todavía vigente hasta el final de su vida. Entre muchos ejemplos, veamos cómo, otra vez, en *La llama doble*, publicada cuando Paz tiene 76 años de edad, el poeta mexicano se da a la tarea de comentar y traducir un hermoso fragmento de *Bavarian Gentians*, de Lawrence: "Sí, el erotismo se desprende de la sexualidad, la transforma y la desvía de su fin, la reproducción; pero ese desprendimiento es también un regreso: la pareja vuelve al mar sexual y se mece en su oleaje infinito y apacible. Allí recobra la inocencia de las bestias [...] La experiencia que acabo de evocar es la del regreso a la realidad primordial, anterior al erotismo, al amor y al éxtasis de los contemplativos. Este regreso no es huida de la muerte ni negación de los aspectos terribles del erotismo: es una tentativa por comprenderlos e integrarlos a la totalidad. Comprensión no intelectual sino sensible: saber de los sentidos. Lawrence buscó toda su vida ese saber; un poco antes de morir, milagrosa recompenza, nos dejó en un fascinante poema, un testimonio de su descubrimiento: el regreso al gran Todo es el descenso al fondo, al palacio subterráneo de Plutón y de Perséfone, la muchacha que cada primavera [*sic*] vuelve a la tierra. Regreso al lugar del origen, donde muerte y vida se abrazan:

¡Dadme una genciana, una antorcha!
Que la antorcha bífida, azul, de esta flor me guíe
por las gradas oscuras, a cada paso más oscuras,



Idella Purnell, D. H. Lawrence, Frieda Lawrence, Willard Johnson y el doctor George E., Chapala, México, 1923

hacia abajo, donde el azul es negro y la negrura azul,
donde Perséfone, ahora mismo, desciende del helado
[Septiembre
al reino ciego donde el oscuro se tiende sobre la
[obscura,
y ella es apenas una voz entre los brazos plutónicos,
una invisible obscuridad abrazada a la profundidad
[negra,
atravesada por la pasión de la densa tiniebla
bajo el esplendor de las antorchas negras que
[derraman
sombra sobre la novia perdida y su esposo (p. 226).

Paz sabe que el poema traducido no sólo nos habla del mito de Perséfone y su regreso a la tierra con Plutón, sino que también alude al sexo anal, tema que se repite en *Lady Chatterley's Lover* de manera más o menos críptica, tal y como apunta Doris Lessing en su ensayo introductorio a la novela: "Lawrence lauds the anal fuck as the apex of sexual experience, but it is written in such a way as not to be explicit". Lo que, de una u otra manera, sí queda claro es que para Paz el erotismo es una desviación "de su fin, la reproducción", cosa en la que insistirá a lo largo de *La llama doble* y que se imbrica con mi tesis inicial de que Paz (como pocos autores mexicanos) sintió el influjo de Lawrence en un aspecto, podemos decir, que profundamente personal. En *La llama doble* escribe: "No hay amor sin erotismo como no hay amor sin sexualidad" (p. 106). Eliminar el sexo equivale a cancelar el amor, en su opinión. Este es un te-

ma en el que, por cierto, Lawrence reincidente a lo largo de *Sons and Lovers*. Sublimar el sexo equivale, pues, a negarlo, pervertirlo, y Paz, al igual que Lawrence, va a reafirmar esa posición una y otra vez, tanto como su posición frente a la monogamia, la "exclusividad" de la pareja y la no procreación como fines últimos y verdaderos del amor y el erotismo.

Termino por mencionar un hermoso texto de juventud, el cual nos indica qué clase de lector de novela era Paz y en qué clase de novelista se hubiese convertido. En "Distancia y cercanía de Marcel Proust" de 1933, el poeta mexicano nos dice sobre Proust (y lo distingue de Lawrence de la siguiente manera): "Proust desnuda a la naturaleza de todo valor, de todo atributo; de ley o potencia religiosa la reduce a un puro, solitario acontecer. El soplo del mundo primordial y salvaje que atraviesa los relatos de Lawrence no llega a este letal invernadero. Su obra [la de Proust] se dirige a la investigación del carácter individual, nunca a la disolución de la persona en el cosmos o en otros mundos espirituales" (p. 258). Es claro que, a pesar del entusiasmo que el escritor francés le produce, se percibe a sí mismo ambivalente a la hora de celebrarlo pues el gran novelista francés ha reducido "el soplo del mundo primordial" y su "potencia religiosa" a "un letal invernadero". En cuanto a los personajes proustianos, Paz dictamina que el autor de *À la recherche...* no los "disuelve en el cosmos" como hace Lawrence. No estoy seguro, empero, si esto sea bueno o malo y tampoco si Paz acierta al caracterizar a Lawrence de esta manera, sin embargo lo que aquí interesa re-

saltar es la instintiva proclividad que Paz siente hacia “los mundos espirituales” de Lawrence a pesar de rendirle clara admiración a Proust, tal y como hará nuevamente en “Invitación a la novela”, texto de 1939, donde afirma que Proust es “el último gran y vigoroso novelista de nuestro tiempo” (p. 283).

En *Lady Chatterley's Lover* aparece una brevísima mención al autor de *À la recherche...*, la cual Lawrence no desaprovecha para dejar en claro dónde se encuentran sus verdaderas afinidades literarias, las cuales no van en absoluto dirigidas hacia el novelista francés. La charla es entre Connie y su marido, Clifford. Veamos:

“Have you ever read Proust?”, he asked her.

“I’ve tried but he bores me.”

“He’s really very extraordinary.”

“Possibly! But he bores me: all that sophistication! He doesn’t have feelings, he only has streams of words about feelings. I’m tired of self-important mentalities.”

“Would you prefer self-important animalities?”

“Perhaps! But one might possibly get something that wasn’t self-important.”

“Well, I like Proust’s subtlety and his well-bred anarchy.”

“It makes you very dead, really.”

“There speaks my evangelical little wife” (p. 292).

A pesar del claro sarcasmo de su marido, Connie sabe responder: preferiría el engréimiento de las bestias si se diera el caso, que la alambicada pretensión proustiana que adora su marido. Proust la aburre, dice; Proust no tiene sentimientos sino “flujo de palabras sobre sentimientos”. A Clifford, por el contrario, le gusta la “sutil anarquía” proustiana y su “sofisticación”, a lo que Connie responde que esa anarquía “te deja muerto”. Está claro hasta aquí que Lawrence está de parte de Connie. Es asimismo evidente que es adversario de la posición literaria de Clifford, quien, no lo olvidemos, está parálítico y es estéril. Clifford escribe libros, es decir, es un aristócrata que sabe bien de lo que habla, es un entendido en la materia. Clifford simboliza, no obstante, la odiada Inglaterra de Lawrence: una tierra baldía, una isla sin porvenir para sus gentes oprimidas, para sus asexuados y afeminados hombres. Dicho esto, y para concluir, resulta preciso desentrañar si Paz pudo haber leído *Lady Chatterley's Lover* en 1933 y no en 1934, tal y como nos dice en “La religión solar de D. H. Lawrence”. Este detalle es esencial pues el texto sobre Proust es de 1933 y, sin embargo, en el citado ensayo de 1990 Paz cuenta que leyó la novela “hacia 1934”. Recordemos que este segundo texto sobre Lawrence, Paz lo escribe cuando tiene 76 años de edad. No es imposible suponer que el poeta mexicano hubiese equivocado las fechas por un solo año: no por otro motivo mencionará *precisamente* a Lawrence en su texto sobre Proust. En todo caso, el contraste entre ambos autores debe haberlo, por decir lo menos, impactado. Por los dos siente una inmediata, profunda, admiración, no obstante, si uno se da a la tarea de indagar en el *corpus* paciano, se dará cuenta de que sus verdaderas afinidades literarias, eróticas y morales estuvieron (a lo largo de su vida) con Lawrence y no con Proust. Sólo imaginemos el momento en que, hacia el final de *Lady Chatterley's Lover*, Mellors le dice a Connie: “Yet I’m something to myself at least. I can see the point of my existence, though I can quite understand nobody else’s seeing it [...] I don’t believe in the world, not in money, nor in advancement, nor in the future of our civilization” (p. 417). ¿Cómo habría reaccionado el joven Paz lector de novelas al leer esta declaración de principios? ¿Qué habrá pensado de su nuevo hallazgo literario al saber que justo este peregrino iconoclasta había estado en México buscando el epicentro de su ideario comunitario, esa posible tierra del fuego redentora del hombre partido a la mitad? ¿Qué habrá venido Lawrence a buscar hasta Oaxaca en 1923 y 1924 que luego Paz tuvo que ir hasta la India a buscar? ¿Acaso lo mismo pero con distinto nombre? Y al final, ¿lo encontraron? ¿O en la sola búsqueda se hallaba el sentido? **U**

OCTAVIO PAZ

CHUANG-TZU

BIBLIOTECA
DE ENSAYO
SIRUELA